

Entrevista a Rossana Reguillo

Investigadora del Sistema Nacional de Investigadores de México
y del ITESO, Universidad Jesuita de Guadalajara

La METODOLOGÍA de los ThunderCats

Por Graciela Rodríguez-Milhomens

Le gusta preguntar y a eso se ha dedicado por más de 20 años. Dice que ha tenido la suerte de que los objetos de estudio se le aparezcan, aunque es posible que sea al revés: que sea ella quien se le aparece y los persigue. Ha viajado a los infiernos con sus investigaciones sobre los miedos sociales, los poderes paralegales, la violencia, el narcotráfico. Pero siempre ha regresado a la vida, sostenida por la certeza de que alguien tiene que estudiar estos temas, la confianza en la precisión metodológica que utiliza, y la habilidad de convertir la emoción en pasión. La Dra. Rossana Reguillo Cruz, una de las investigadoras en Ciencias Sociales más reconocidas de América Latina, me recibió en su oficina del tranquilo y arbolado campus del ITESO, la Universidad Jesuita de Guadalajara. Allí conversamos sobre su recorrido como investigadora, sus objetos de estudio y las posibilidades de la investigación en Ciencias Sociales latinoamericanas. También sobre una de sus claves metodológicas: mantener entrenado “el músculo” de la capacidad de asombro ante la vida cotidiana; el poder de ver más allá de lo evidente.

¿Cómo se acercó a la investigación en Ciencias Sociales? Si tuviera que hacer un repaso rápido de lo que el tema significa para mí, diría que hay dos detonadores fundamentales. Por un lado, la

emergencia muy visible de grupalidades juveniles en la ciudad, hacia mediados de la década de los ochentas, con un conjunto de prácticas que yo no lograba descifrar. Veía aquellas marcas e inscripciones en la pared, esos graffiti, y me empezó a surgir una inquietud muy vinculada a lo empírico, pero que empezaba a abrirse paso como un conjunto de preguntas teóricas y metodológicas. El segundo detonador fue un pequeño seminario que pude hacer, cuando empezaba la Maestría (en Comunicación), con Gilberto Giménez, el gran teórico de la cultura y de la identidad, paraguayo vecindado en México. Escucharlo a él fue como la constatación, pese a mi juventud en aquel momento, de que eso era lo que yo quería hacer. Se conjuntaron dos elementos: el objeto se me apareció y tuve una fuerte influencia de un maestro.

Además de los jóvenes, ¿cómo llegó a los ejes de su investigación, como la ciudad, la construcción social del miedo o la cuestión de la violencia? Si tuviera que definir mi trabajo diría que no trabajo por proyectos, sino por programa, un programa de investigación de largo aliento. Entonces, un objeto temático te va llevando a otro. Cuando me empecé a acercar para tratar de entender lo que en aquel entonces se llamaba “bandas” —y que luego fui proponiendo llamar “cultu-

ras juveniles”, junto con otros dos colegas, un español y un norteño—, esta búsqueda me colocó a la ciudad en el centro, como un problema clave. Así, una parte de mi trabajo de investigación más fuerte durante la década de los noventa fue la ciudad. En aquella época empecé a trabajar movimientos sociales, el espacio urbano, la etnografía. Justo estaba en una efervescencia de preguntas por la ciudad, cuando estalló Guadalajara por aquellas explosiones de gasolina, el 22 de abril de 1992. Y eso me lanzó a una investigación —como continuación de lo que venía haciendo— que me colocó frente a lo que sería luego una pista central de mi trabajo: lo que hoy denomino —en aquel tiempo no podía denominarlo así— antropología del acontecimiento. Es un momento que marca para mí fuertemente la mirada sobre cómo aquello que irrumpe en el espacio acotado de la “normalidad” de la vida cotidiana, se convierte en insumo sustantivo para investigar procesos socio-culturales de fondo. Cuando terminé esa investigación, que llevó cuatro años de mi vida, me empieza a aparecer una pregunta, que con los instrumentos y la investigación que tenía no podía contestarme. Yo había hecho un acompañamiento muy riguroso y muy profundo con los damnificados independientes, que se organizaron frente al gobierno después de aquellos lamentabilísimos sucesos, y había constatado la capacidad combativa de esta gente, la claridad en la demanda y en la lucha, mucha valentía para defender lo que era suyo, su patrimonio, su vida, sus sueños. Pero cada vez que aparecía un funcionario público de rango más o menos mayor, la gente enmudecía, se quedaba como aterrorizada frente al poder. Se me empezó a abrir la idea de que lo que había ahí era miedo, un miedo irracional, un miedo que no se podía tocar, un miedo de corte histórico frente al poder.

¿Y fue en ese momento que comenzó a investigar el miedo? Sí. Me atrevo a decir que fui pionera en la pregunta por el miedo. Ahora todo el mundo habla de miedos, pero en 1996 yo ya tenía un primer planteamiento del miedo como un dispositivo de control político. Estaba en eso cuando empezó todo el



aceleramiento del advenimiento del siglo XXI, del fin del mundo, en el año 2000, todo aquel síndrome de que se iban a apagar las computadoras, el secreto de Fátima, la oscuridad de tres días. Digamos que he tenido la enorme suerte aunque habría que matizar la expresión de que los objetos me siguen; parecería que yo los voy buscando pero no, se me aparecen. Y entonces me fui llenando de pequeñas historias urbanas de terror, como el robo de órganos, o el “chupacabras”, y empecé a hacer el primer planteamiento sobre la investigación que titulé *Mitologías urbanas, la construcción social del miedo*. Esta etapa de la investigación que fue muy compleja, con muchos niveles y que tomó diez años de trabajo tenía un corte casi juguetero, eran los esperanzadores años del postapocalipsis, pero evidentemente había algo ahí que no me satisfacía. Aunque ya había hecho el planteamiento inicial de que el miedo y la esperanza se convertían en instrumentos de gestión y control político, había ahí algo que no alcanzaba a tocar con comodidad. Entonces pude ir llegando hacia finales de la década de los noventa a una formulación que resiste hoy a todas las pruebas empíricas y a todas las reflexiones conceptuales a las que la someto: el miedo es una experiencia individualmente experimentada, culturalmente compartida y socialmente construida. Y justo cuando logré esa formulación que hoy digo de manera muy fácil, pero que fue un trabajo muy complejo, me voy a hacer una instancia de investigación a Estados Unidos, como profesora invitada. Y vienen los atentados contra las Torres Gemelas...

¿Estaba allí en ese momento? Estaba ahí y por eso muchos dicen que quieren que les diga a dónde voy, para no ir ellos. Entonces, estoy adentro del huracán, en el mejor momento posible. Es horrible decirlo, pero para un investigador es una cosa espectacular. Los cuatro primeros meses posteriores a septiembre de 2001 me tocó estar en Estados Unidos y eso le dio un vuelco profundo a la investigación. Por un lado fue

muy bueno. Pero, por otro lado me frenó porque yo sentía que con lo que tenía en ese momento, no podía salir al espacio público a hablar de los miedos; tenía que esperar a que se redibujaran relaciones. Creo que hice muy bien, hoy no me arrepiento de esa decisión. Este tiempo me ayudó a darle dos cosas al proyecto: un piso político muy fuerte y un espesor antropológico mayor. Al mismo tiempo estos dos elementos se cruzaron en su interfase con lo comunicativo: lo comunicativo explotó como una dimensión muy importante en el manejo y gestión de los miedos y de las emociones contemporáneas. Estaba en eso cuando me fui a hacer una estancia como profesora invitada a la Cátedra UNESCO a Barcelona y ¡zas! viene Atocha, las explosiones de los trenes.

Nuevamente la encontró el objeto... Sí. Justo estaba yo en un tren de cercanías en Barcelona, cuando todo el mundo empezó a salir corriendo por el pánico. Haber estado en España en ese momento le dio otra plataforma y otro cariz al proyecto, porque no solamente pude ver la manipulación que en aquel entonces hizo el PP (Partido Popular), en concreto (José María) Aznar y (Mariano) Rajoy, sino que además me permitió encontrar un elemento que se dibujaba en los acercamientos anteriores, pero que no me quedaba claro hasta que pude tocarlo en España: la idea de lo que hoy llamo en mi trabajo “el perfil vacío”. Bajo un cierto enfoque más semiótico, sería el “significante vacío”, así lo llamarían Barthes y otros. Pero a mí me parece más pertinente, porque surge de mi trabajo empírico, llamarlo el “perfil vacío”, y es esta tendencia de los colectivos y grupos sociales, de las personas, a dotar a sus miedos, a dotar a su incertidumbre de ciertas características, a llenar un perfil vacío con cosas. Por ejemplo, cómo el perfil vacío del terrorista se iba llenando, en función de anclajes históricos, pero también de anclajes locales. Eso le pone un redondeo al proyecto. Y ahora estoy en la fase final de la escritura, incorporando otro

Rossana Reguillo Cruz es doctora en Ciencias Sociales (Universidad de Guadalajara y el Centro de Investigación y Estudios en Antropología Social, CIESAS), maestra en Comunicación y licenciada en Ciencias de la Comunicación (ITESO, Universidad Jesuita de Guadalajara). Es investigadora del Sistema Nacional de Investigadores de México, nivel II, y es miembro de la Academia Mexicana de las Ciencias. Es profesora investigadora en el ITESO y ha sido profesora invitada en diversas universidades latinoamericanas y en Estados Unidos. Los jóvenes, las culturas urbanas, la vida cotidiana y la subjetividad, son algunos de sus ejes de investigación.

Entre sus publicaciones más importantes se encuentran:
Horizontes fragmentados: comunicación, cultura y pospolítica. El

(des)orden global y sus figuras (ITESO, 2005)
Lotería Urbana: un juego para pensar la ciudad (ITESO, 2001)
El Laberinto, el conjuro y la ventana. Itinerarios para mirar la ciudad (ITESO, 2001)
Estrategias del desencanto. Emergencia de culturas juveniles (Norma, 2000)
Pensar las Ciencias Sociales hoy (ITESO, 1999)
Diálogos con la obra de Jesús Martín Barbero (Siglo del Hombre, 1998)
Quién nos hubiera dicho (ITESO, 1993)
La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre, comunicación (ITESO, 1996)
En la calle otra vez. Las bandas juveniles. Identidad urbana y usos de la comunicación (ITESO, 1991).

conjunto de acontecimientos, como la invasión a Irak, tratando de historizar esta mirada. Los anclajes locales, históricos, me obligaron a un coqueteo muy intenso, que ha sido muy agotador para mí, con la Filosofía. Creo hoy que no hay posibilidad de comprender los miedos sin un fuerte anclaje filosófico. Entonces tuve que ir a Spinoza, Hobbes, Lücke, Hume, etcétera, para poder encontrar ahí estos dispositivos. Y luego, con la coyuntura electoral del 2006 en México, empecé a seguir el movimiento de resistencia de López Obrador. Ahí encuentro una pinza analítica perfecta que no solamente me permite hablar de los miedos, sino que ya estoy en una nueva fase que quisiera llamar, tentativamente, socioantropología de las emociones contemporáneas. Esto es, cómo la emoción vuelve a estar en el centro del proyecto societal. Pero, en todo este largo trayecto nunca dejo de lado a los jóvenes, que son un objeto-sujeto central para mí, porque me parece que son termómetros de los cambios sociales, y estar atenta a la comprensión de sus prácticas e imaginarios me habilita para entender otros procesos.

¿Cómo maneja sus emociones con temas tan duros como los que trabaja? Es una pregunta muy dura. De cara a un debate académico te la puedo contestar. Yo creo que hay tres dispositivos que me permiten mantener el estómago en su lugar y el corazón medianamente templado. Uno tiene que ver con el convencimiento profundo de que alguien tiene que ocuparse de estos temas. Alguien tiene que hacerlo y eso me da mucha fuerza porque creo que los temas que yo trabajo son importantes para la comprensión del mundo contemporáneo. Un segundo dispositivo es el control teórico y epistemológico. Trato siempre de poner a funcionar categorías que me aislen del sentido común, categorías que me aislen lo más posible —porque nunca se consigue del todo— del dolor y del miedo. Creo que trabajar con categorías muy precisas y muy claras te posibilita controlar la emoción. Conocer el instrumental no permite que controles la

emoción, pero sí que la manejes. Y una tercera cuestión es convertir la emoción en pasión; creo que es muy importante esto de hacer de la emoción una pasión motora, hacer que el miedo no te inmovilice. El año pasado hice un ensayo que realmente me dejó agotada emocionalmente sobre la anormalidad y la anomalía en el momento contemporáneo, donde empiezo analizando la película *Freaks*, de 1932, de Tod Browning, sigo con Abu Ghraib (los casos de tortura en la cárcel de Irak), paso al manejo de la estetización del horror y de la tortura para vender pantalones por parte de la tienda chilena Ripley, sigo por los decapitados en México (relacionados con el narcotráfico), y cierro con el análisis de las necropsias a la indígena (mexicana) muerta Ernestina Ascencio. Fue un viaje a los infiernos, el recorrido que hice fue agotador, pero creo que en buena medida lo que me protege es esta pasión, este convencimiento de que ahí hay claves muy importantes a ser descifradas. Y a lo mejor mi nieta, ¿no? Desde un sentido menos elaborado, yo diría que la relación con mi nieta, que es una maravillosa niña de cuatro años, me trae a la realidad permanentemente.

¿Cómo vive la vida cotidiana después de trabajar estos temas? ¿Cómo mantiene la capacidad de asombro? Eso es algo muy importante y es algo que yo me esfuerzo por no perder nunca. Creo que es un asunto de entrenamiento. No es un asunto de don, no es un asunto de magia. Y creo que uno de los requisitos fundamentales para aspirar a ser un buen investigador o una buena investigadora, es la capacidad para producir extrañamiento. El extrañamiento no es una relación que está afuera del investigador o del que mira o del que analiza. El extrañamiento es un proceso que el propio investigador, el propio observador, produce frente a la realidad que se le presenta. En este sentido yo creo que, por ejemplo, la Fenomenología —otra vez yendo a la Filosofía— es fundamental para entrenar esta

Graciela Rodríguez-
Milhomens::
Es licenciada en
Comunicación Social
(Universidad Católica del
Uruguay) y estudia la
Maestría en
Comunicación de la
Ciencia y la Cultura en el
ITESO de Guadalajara.
Ha trabajado en
comunicación
organizacional en
Uruguay, México y Chile,
así como en la edición
de publicaciones,
particularmente la
revista *Magis* de
Guadalajara. Es socia
fundadora de la empresa
Tres Grupo Consultor.

capacidad de extrañarte, de tratar de pelear contra las doxas, de tratar de pelear contra lo evidente. Cuando doy alguna sesión metodológica, me gusta hacer la broma a mis estudiantes diciéndoles que lo único que van a aprender conmigo es la metodología de los ThunderCats, aquella vieja caricatura donde Lion O, el señor de los ThunderCats, antes de convertirse en el gran guerrero, levantaba una espada y gritaba: “Espada del augurio, déjame ver más allá de lo evidente”. La metodología de los ThunderCats es un dispositivo que construye permanentemente extrañamiento. Pero hay que construirlo, hay que mantenerlo, es un músculo que si lo desentrenas se afloja.

¿Qué es lo que la investigación en Ciencias Sociales en América Latina tiene de distintivo para aportar?

Mira, yo no acabo de tener una posición cómoda. Te lo voy a plantear desde una enorme incomodidad interpretativa, robándole esa expresión a mi amiga Elizabeth Jelin. Y empezaría hablando de un desafío: dejar de pensar las Ciencias Sociales latinoamericanas como inferiores o como deudoras de un pensamiento metropolitano o eurocéntrico. Pero al mismo tiempo, romper con la auto conmisericordia del informante clave, que la comunidad de investigadores, intelectuales, pensantes, analistas dejemos de asumarnos como informantes clave de los que sí piensan. En el momento en que rompamos con esto de enviar nuestros datos crudos, empíricos, a los centros metropolitanos para que los alumnos de allá ingleses, holandeses, alemanes se gradúen con temas nuestros, las cosas se van a poner de otra naturaleza. Hay muchos avances en esa dimensión, creo que hay nuevas camadas de investigadores que son muy reacios a convertirse en informantes claves o informantes exóticos de realidades extremas. En ese sentido, si esa premisa que mantengo se sostiene porque es debatible, me parece que lo que sigue es que ya no podemos seguir pensando en términos de una ciencia social metropolitana y una ciencia social periférica. Entonces lo que tienen que aportar las Ciencias Sociales latinoamericanas no es la especificidad de lo exótico de la región, de la violencia extrema, del peor horror, de la periferia sufriente, sino precisamente qué de universal y qué de global hay en los procesos que estamos investigando y cómo nos podemos hablar de tú a tú con las mejores producciones de los centros más consagrados. No es un

asunto voluntarioso, porque también sabemos que en la distribución de poder al acceso del debate de las ideas está absolutamente desnivelado. Sabemos que el inglés es el centro de la expresión en estas cuestiones, que no es fácil acceder a congresos, etcétera. Pero creo que esto yo lo pondría como un asunto subsidiario de unas culturas políticas de la producción académica en América Latina.

¿Cómo ha sido su experiencia de trabajo en otros países? Fascinante. Trabajo en El Salvador, en Argentina, en Colombia, en Puerto Rico, en Venezuela, y la verdad es que es fascinante porque es una doble producción de extrañamiento no sólo frente al fenómeno que estás viendo, sino a través de los ojos de la gente que te ayuda a estar viendo. Yo creo que me beneficio mucho de mis colegas, que son muy generosos conmigo, cuando me comparten sus propias maneras de entender las cosas. Y creo que también se produce una doble retroalimentación en la medida en que “el *outsider*”, una vieja distinción antropológica, siempre es “inocente”, el turista “inocente”, el extranjero “inocente”, que al hacer las preguntas más obvias, detona procesos reflexivos para los nativos, que no están instaladas porque son sentido común. Aprendo mucho y creo que han sido relaciones muy fructíferas para unos y para otros. Quizá lo que más destacaría de toda esta experiencia sería el cómo hacer este tipo de investigación te permite ir estableciendo como una especie de cartografías comparables. Lo que crees excepcional de tu región está presente en muchas partes pero, al mismo tiempo, cómo lo que uno va encontrando de específico en las regiones permite hacer entramados más densos de interpretación, porque sales del propio caso, sales del territorio conocido y tienes que trabajar mucho en la incertidumbre.

¿Tiene algún sentido hablar de género en el campo de la investigación? Es muy difícil eso... Yo creo que sí, creo que sí. Y tiene un triple sentido. El primero tiene que ver con que evidentemente no es lo mismo hacer investigación, especialmente el tipo de temas que yo trabajo, habitando un cuerpo femenino que habitando un cuerpo masculino. El cuerpo marca, hace cosas en el modo en que te relacionas con los demás, en cómo los demás te ven. Un segundo sentido tiene que ver con un resabio machista que todavía no se logra



superar del todo aunque hay importantísimos avances, donde la palabra de la intelectual mujer o de la investigadora mujer siempre tiende a colocarse en un lugar inferior al de los varones. Y una tercera cuestión tiene que ver con que el modo en que las mujeres encaramos la escritura, encaramos el proceso de comunicabilidad de nuestros procesos con sus lamentables excepciones son distintas a las de los hombres.

¿En qué sentido? En el sentido de que quizá corremos más riesgos, en el sentido de que quizá le damos más permiso a la emoción, en el sentido de que quizá le damos más permiso a la prosa. No estoy tratando de

hacer una generalización barata, de un lado los hombres y de otro las mujeres, porque hay hombres con una escritura divina, sensible, como la de Martín-Barbero, y hay mujeres con una escritura durísima. Pero son como tendencias. Pero a mí la que más me preocupa es la segunda, esta posición de subordinación. Siempre me da mucha risa en algunos eventos o en la propia universidad, cuando llega uno de los colegas varones es “el doctor”, pero cuando llega una es “Rossana”, ¿no? A mí no me importa, el título me da exactamente lo mismo, pero es muy dicente de cómo la gente percibe estas cuestiones. Pero no me quita el sueño y no considero que sea el problema clave o central. ■■